

cuadernos de utopía
cuadernos de utopía
cuadernos de utopía
cuadernos de utopía
cuadernos de socialista

Repensar las revoluciones

sumario

- 3** Introducción
de Sara Morace
- 5** Prepararnos para las revoluciones futuras
conclusiones del encuentro internacional
“Repensar las revoluciones” – Asís, 17 de julio, 2005
de Dario Renzi
- 14** Una idea socialista y humanista
de la revolución
*Tesis aprobadas por el Consejo General
de Utopía Socialista*

© 2005 Prospettiva Edizioni
Via dei Sabelli, 62 - 00185 Roma
prospettiva.ed@flashnet.it

El Encuentro Internacional "Repensar las revoluciones", celebrado en Asís (Italia), del 12 al 17 de julio de 2005, ha sido promovido por Utopía Socialista, Prospettiva Edizioni y el Centro Studi Utopia, y organizado con Socialismo Rivoluzionario, en colaboración con Socialismo Libertario (Estado español) y Socialismo Libertario (Argentina).

© 2005 Lucas Fenollar Cortes
para la edición en castellano

A.S.L.
c/. Gaviota, 6 - local calle
C.P. 28025 - Madrid
Tel. /Fax 91-4284887 • e-mail: sl_centro@arrakis.es

La edición en castellano ha estado a cargo de Anabel Cubero, Manuel Martínez,
Juan Bolívar y Carlos Zeta

Gráfica: Juan Bolívar

-

Imprime:
Grafiarte Impresiones, S.L.

Impreso en España – Printed in Spain

Introducción

Dieciséis años de encuentros internacionales en Asís: esta larga experiencia podría presuponer que para quienes lo organizan representa una cierta tranquilidad y una suerte de dar por sentada su preparación. Pero seguramente este es el único riesgo que no hemos corrido. Más aún este año con el tema que hemos propuesto...

La revolución: en el pensamiento de los burgueses provoca miedo, evoca incertidumbres y —la mayoría de las veces, injustamente— sangre y destrucción. Por otra parte, otros burgueses, piensan que la revolución es un insano objeto de deseo y de venganza, recubierto de frustraciones violentas y ansias de poder negativo. Raramente ocurre que en torno a una palabra, se presente un halo y una cristalización, tan significativamente obstinados y falsos. Raramente una expresión concentrada, como ésta, de acción humana ha sido tan tenazmente sustraída a los protagonistas y a las protagonistas, tanto en la actualidad, como en la memoria, en la narración como en la crítica.

La propuesta que hemos hecho para el Encuentro es la de una obra de reapropiación crítica de las revoluciones y de lo que las asemeja, en un modo u otro, y de los profundos significados que es posible extraer de ellas, y de las enseñanzas que de los procesos (no sólo ni tanto de los acontecimientos) y de los protagonistas nos pueden llegar para el futuro. En este opúsculo podrán leer las Tesis propuestas por Dario Renzi y que hemos aprobado como síntesis y memorándum, sobre las principales cuestiones que han emergido del trabajo desarrollado en el Encuentro. Podrán también leer el discurso conclusivo de Dario Renzi al final del mismo. Se harán una idea de cómo se ha trabajado y seguramente se reconocerán en él, si han participado en el Encuentro, o quizás crecerá el deseo de volver a participar o de hacerlo por primera vez.

Restituir plenamente el conjunto del Encuentro en su riqueza de temas tratados y con el lenguaje en que se lo ha hecho, es imposible. Pero seguramente podemos bosquejar algunos fragmentos, imágenes y sentimientos.

Centenares y centenares de personas de todas las edades y de muchísimas partes del mundo han compartido la obra de este gran laboratorio de investigación a cielo abierto. En medida mayor que en el pasado este *Encuentro Internacional 2005 de Utopía Socialista*, ha representado circulación y enriquecimiento del pensamiento y puesta en común de una búsqueda, sin duda original y rara en el panorama contemporáneo. Cada uno y cada una ha podido participar de las ideas de las relatoras y relatores y muchísimas y muchísimos lo han hecho activamente y éste es un he-

cho extraordinario. Otra vez, más que los anteriores, el Encuentro no ha sido simplemente una oportunidad de exposición de ideas sino un lugar de verdadera formación de ideas, a menudo de nuevas ideas: en el debate, en el intercambio, en la escucha participativa y activa, en la seriedad con la que los participantes han vivido intensas jornadas de trabajo común no inferiores a las de las relatoras y relatores.

Para nosotros de Utopía Socialista los encuentros internacionales se han convertido en el momento anual principal de intercambio ideal y teórico, y esto tiene mucho que ver con el modo en el que concebimos la teoría, la formación de las ideas, su puesta en circulación y su relación con el compromiso común e individual. Desde hace tiempo sostenemos que el desarrollo de una teoría nueva de la autoemancipación humana no es un lujo para pocos especialistas, o una actividad privilegiada y reservada a los académicos. Al contrario, es una necesidad estimulante para cualquiera que quiera comprometerse seriamente para cambiar su propia vida y la de la especie en este planeta. Centenares y centenares de personas están eligiendo este recorrido, personas que vienen de los cuatro ángulos del planeta, comprometidas de diferentes maneras en la sociedad y que no se conforman sólo con esto, sino que están dispuestas a buscar y a repensar. Y se preparan para afrontar temas e ideas que requieren un compromiso intelectual, de escucha y asimilación crítica, de estudio y reflexión, de intercambio y formación. Es decir, están dispuestas a cambiarse a sí mismas y a cambiar la relación con la teoría, comenzando a hacerla propia, a descubrirla y a mirarla con criterios que son ajenos a la política y a la manera tradicional (rancia, practicona y, sobre todo, en profunda crisis) de concebir el compromiso. Personas que están aprendiendo juntas que esta búsqueda no es menos comprometida y laboriosa que preparar una manifestación, y que deciden emprender ambas actividades rechazando la tradicional división entre teoría y práctica; que eligen en primera persona el camino de la crítica y de la afirmación laboriosa y vivaz, pero también rigurosa, rechazando la vía de los dogmas religiosos (en un cierto sentido también el marxismo es una religión, a pesar de Marx), de la cantinela repetitiva de fórmulas y formulitas que envilecen las vicisitudes de la especie (y de las revoluciones, por hablar de este último encuentro), además de envenenar la creatividad y el pensamiento de quien las repite como breves oraciones. En este opúsculo encontrarán algunos de los trazos más importantes y brillantes del Encuentro Internacional 2005. Muchos otros momentos del mismo serán tratados en la revista Utopía Socialista y en otras publicaciones que están a disposición en las direcciones que aparecen en la contraportada.

Sara Morace

septiembre 2005

Prepararnos para las revoluciones futuras

Conclusiones de Dario Renzi en el encuentro internacional
“Repensar las revoluciones” – Asís, 17 julio 2005*

La historia de las revoluciones es larga, compleja y fragmentaria, y se ha visto expropiada y distorsionada no sólo en lo que concierne a su práctica, sino incluso en lo que hace a la posibilidad de pensarla al haberse cristalizado demasiado a menudo en ideologías mortificantes. Para reconquistarla, para volver a atar sus cabos sueltos, es necesario conocerla, pensarla y estudiarla, hace falta interpretarla, imaginarla y amarla; hay que dejarse sorprender y sacudir por ella, y, al mismo tiempo, criticarla, saber reconocer las contradicciones que ha vivido esta historia. En particular, es necesario superar o, en algunos casos, desmontar los paradigmas habituales para forjar otros nuevos, porque para nosotros los paradigmas son necesarios, pero necesitamos otros más auténticos, más elásticos, más plásticos, más eficaces. Las reglas de la revolución posible pueden ser un todo con las reglas de una vida mejor para nosotros.

Repensar las revoluciones significa repensarnos a nosotros mismos

Para explicarnos las revoluciones debemos partir de las revueltas y de las rebeliones (de las que Claudio Guidi nos ha ofrecido un brillante enfoque en la mañana dedicada a ellas). Rebeliones y revueltas, con las distinciones existentes entre ellas, no surgen necesariamente de una tensión antropológica al socialismo. Pueden presuponerla o vivirla en parte; pueden contenerla o verla emerger sucesivamente; pero pueden también rechazarla para volver a la política o para depositar en vano sus esperanzas en una nueva política, condenándose trágicamente ellas mismas a recaer en una lógica de opresión. La falta de crecimiento de las revueltas y de las rebeliones depende del insuficiente desarrollo de la conciencia de sus protagonistas y de los condicionantes materiales que pesan sobre ellos —aunque éstos no supongan nunca una explicación absoluta de la compresión social que condiciona la sublevación de la sociedad—, del fardo cultural y de los atajos que se intentan; en particular el terrible hábito a la violencia omnívora; o, mejor, a pensar que el uso de la violencia facilite el camino. Los resultados de este hábito están a la vista de todos los que quieran estudiar en profundidad la historia de las revoluciones.

Por el contrario, las revoluciones dignas de tal nombre comportan necesariamente y de alguna manera una tensión antropológica al socialismo activa que, naturalmente, se combina con otros factores. La presencia de esta tensión antropológica (a la que se ha referido Manuel Martínez con respecto a la peculiaridad decisiva de la

* Transcripción no revisada por el autor (*ndr*).

socialización) no garantiza por sí misma buenos resultados (como hemos visto, por ejemplo, en la formidable experiencia de la revolución española).

La diferencia entre revueltas y rebeliones, de un lado, y de revoluciones por otro, tiene que ver con los orígenes más profundos y más próximos de estas tensiones: una revuelta puede trascender en revolución o no; una revolución o una fundación revolucionaria puede tener necesidad de la revuelta o de la rebelión, pero, en algunos casos, puede también no necesitar de ellas y no está dicho que cuando elige echar mano de ellas no esté corriendo peligros muy graves.

Es necesario tratar de entender y definir cuál es la causa más profunda, más radical —diremos con Marx—, es decir, antropológica, humana, que empuja a cada persona a la revuelta y que puede permitir que ésta se transforme en una revolución: es un deseo de afirmación que puede deslizarse hacia una afirmación negativa, pero que originalmente es deseo de afirmación elemental. Todo ser humano, en cuanto ser afirmativo, es potencialmente rebelde o se rebela frente a lo que obstaculiza o puede negar su afirmación. Por lo tanto, todo ser humano puede ser revolucionario. Evidentemente no está dicho que lo sea; esto depende de cómo conciba su propia afirmación. Con la revolución es posible buscar la mejor relación con los demás y con nosotros mismos, se puede buscar esa armonía originaria de la que nos hablaba Manuel; esa armonía que sentimos y que también es individual, pero que, al mismo tiempo, se nos escapa.

Para comprender las revoluciones es necesario partir del ser humano concreto y de sus características afirmativas, de las tensiones a la transformación; sabemos que ir a la raíz, con Marx, ir a lo que es más humano, no es de por sí más fácil.

La tensión al cambio no está vinculada sólo ni en primer lugar a los obstáculos o a las causas más explícitas de opresión. Esto es sólo un aspecto. Está motivada por razones de conjunto que son biológicas, materiales, sociales y culturales tal como inseparablemente son percibidas por nuestra conciencia individual y colectiva, que busca afirmarse a pesar de estos obstáculos. En los orígenes existe una tensión a la afirmación. No somos nosotros los que queremos una revolución humana y humanista, es la propia revolución la que es así. La revolución nos enseña tenazmente, a través de los meandros de la historia y también de manera silenciosa que, efectivamente, siempre comienza siendo un elevado acto de humanidad, de empuje humano. Ésta es una de las lecciones que este Encuentro nos ofrece y que tenemos que profundizar.

Repensar las revoluciones quiere decir repensar a las revolucionarias y a los revolucionarios, a aquellos que han vivido, interpretado y hecho las revoluciones. Si partimos de esta dimensión esencial, originaria y fundamental, que podemos encontrar en diversos modos en toda revolución, nos damos también cuenta de cuáles son las características de las revoluciones burguesas (de las que se han ocupado de maneras diferentes Antonella Savio y Giovanni Pacini) y de por qué la burguesía hace la revolución. La burguesía hace la revolución, no vive la revolución en primera persona. La burguesía hace la revolución tratando de prevenir y/o de encauzar las tensiones sociales revolucionarias porque sabe que no puede impedir las. La burguesía no puede impedir la revolución y también por esta razón intenta aplastar sus raíces más auténticas: tiene que tratar de anticiparse a ella y, si no lo logra, intenta encauzarla de alguna manera, distorsionarla; y si no logra ni siquiera esto, la ahoga en sangre, tal como siempre ha hecho y siempre hará. Las tensiones a la autoorganización y, todavía

más, las tensiones a un poder diferente, han sido aplastadas, han sido envilecidas y a menudo han sido corroídas desde dentro porque la burguesía no ha podido abrogarlas, pero tampoco puede aceptarlas.

La revolución de la burguesía es una revolución para reordenar la materialidad en razón de su propio uso y consumo, es una revolución del hacer, del tener y del poseer; no es la revolución de los seres humanos porque los burgueses no quieren transformarse ellos mismos y no quieren que nuestra gente cambie. La finalidad de la revolución burguesa es apropiarse del poder ya existente, modificando más o menos sus formas, y no tolera la posibilidad de fundar un poder completamente diferente que sea un poder de la humanidad y no de las instituciones, que sea un poder afirmativo y no negativo. Es decir, a veces los burgueses —lo han hecho en el pasado y lo harán de nuevo— quieren “cambiar las cosas” para que éstas sigan como antes, no quieren cambiar ellos mismos, no quieren que la humanidad pueda cambiar y realizarse de manera diferente en pos del bien común.

Para los burgueses, la sociedad es un objeto que debe ser frenado, modelado, controlado. Para nosotros, la sociedad es el sujeto. Aún más: para nosotros la sociedad es el sujeto; sabemos que cada persona, que cada mujer y cada hombre que la compone es un sujeto autoconsciente global, integral, que forma el sujeto colectivo. Ésta es la gran diferencia.

Para ellos la revolución es inteligente, astuta, rápida... sanguinaria. Para nosotros la revolución es consciente, profunda, duradera; es permanente —en esto seguimos estando de acuerdo con Lev Davidovic Trotsky— y es constructiva. No he dicho pacífica porque esto no depende sólo de la voluntad de la revolución, que tiende a ser pacífica, sino de los burgueses, que normalmente no nos permiten que lo sea integralmente.

Repensar la revolución quiere decir pensar sus contradicciones. A pesar de cuánto hayan encauzado, envilecido, distorsionado y prostituido los mejores intentos revolucionarios; a pesar de cuánto hayan masacrado y embrollado las revoluciones, los burgueses —que actualmente se han organizado en un sistema democrático global— no logran sofocar el impulso más profundo, oculto, silencioso y desconocido incluso para los revolucionarios más atentos: la revolución resurge imparable, insólita, imprevisible y muy a menudo imperceptible. En la vigilia del Encuentro hemos experimentado una gozosa coincidencia con la llamarada revolucionaria en Bolivia; los medios de difusión no hablan de China, pero allí se están produciendo decenas de miles de revueltas campesinas, la revolución se está asomando y no es la de Mao Tse Tung, es una revolución auténtica.

No necesitamos ser profetas, ni armados ni desarmados, para hacer estas previsiones. Sabemos que la revolución resurge constantemente. Podemos comprender las razones de ello remitiéndonos a sus premisas más profundas, a las vocaciones más íntimas de sus protagonistas, haciendo añicos, por tanto, las máscaras políticas, académicas, occidentales e historicistas de la revolución. Aprendamos a mirarla cara a cara para escrutar su espíritu y nos veremos dentro de nosotros mismos y aquello que estamos buscando. Aprendamos a captar cuál es su espíritu más profundo: sí, la revolución tiene espíritu y esto nadie, ni siquiera los más exagerados materialistas, ha podido negarlo. Es más, la revolución es principalmente un hecho de espíritu, de conciencia que se despierta y que quiere afirmarse.

He comprendido mejor todo esto, qué significa y cómo interpretarlo, escuchando a Mamadou Ly mientras hablaba de las revoluciones presuntamente democráticas y descomponía su dictado mistificador. He comprendido mejor, llorando, la tristeza con la que pienso y repienso en los jóvenes de Soweto que corrían y eran masacrados, quizás mientras escuchaban *A luta continua* de Miriam Makeba. He comprendido mejor porque no dejo de conmoverme cuando pienso en los *shebab* palestinos de Gaza, en los muchachos salvadoreños (y he conocido algunos que han muerto combatiendo). Es triste pensar en ello porque esos compañeros y esas compañeras nuestras han muerto, es triste porque no lo han conseguido, pero la tristeza se funda en otra razón: todavía no sabemos decir suficientemente lo que buscaban, el coraje con que lo han hecho, y que no han vencido aunque se lo merecían, pero que no han tenido la posibilidad. Su generosidad no ha sido premiada y, sin embargo, es algo que sigue presente, porque a través de esta tristeza comprendemos más profundamente lo que querían, lo que quieren y lo que nosotros queremos: los sentimos toda la vida a nuestro lado, mientras pensamos en ellos somos nosotros, siguiéndoles podemos abrirles un nuevo camino, comprendiendo también sus errores y sus límites, y de esa manera ninguno de ellos habrá luchado inútilmente, ninguno habrá caído en vano.

Muchas son las revoluciones incompletas y desconocidas. Preguntémosnos cómo se expresan las tensiones revolucionarias en toda el África negra, a la que seguimos observando con ojos occidentales u orientales —existen muchas lentes que deforman esta tan querida y profunda realidad africana nuestra—, pero nuestros compañeros, nuestros hermanos, se están preparando para volver.

Para comprender todo esto, la letanía “ni reír ni llorar, comprender”, de Baruch Spinoza y Lev Davidovic no nos convence. Cuando pensamos en aquellos jóvenes, comprendemos que con las lágrimas, con la sonrisa y con la risa se nutre una razón sentimental de la revolución. Sólo sufriendo y alegrándonos con nuestra gente podemos comprender qué han sido, qué son y qué podrán ser las revoluciones. El racionalismo, la frialdad, no sirven de cara a la revolución: es una contradicción de términos, porque la revolución no sabe ser fría; en ciertas ocasiones esto se convierte en un límite, pero éste es un gran mérito suyo.

Debemos repensar también, y sobre todo, a las revoluciones sociales

Nuestros hermanos, los *shebab*, los jóvenes negros muertos en las *townships* sudafricanas, no se entusiasman con las bombas molotov: simplemente las necesitan para combatir, para resistir, para tratar de afirmarse. Todo esto no tiene nada que ver con la charlatanería de los pequeño burgueses de Porto Alegre o de Saint-Germain-des-Prés, al contrario, tiene que ver con esa revolución social de la que nos ha hablado Francesca Fabeni (en la introducción a la mañana dedicada a ella).

También, y sobre todo, a las revoluciones sociales debemos pensarlas rompiendo los viejos corsés, como ellas mismas siempre han tendido a hacer, buscando un pensamiento diferente. Las revoluciones sociales no aman ser encerradas en esquemas, no soportan sanciones analíticas porque precisamente son la expresión tendencialmente más elevada de la potencia esencial, creativa y constructiva de la humanidad, y, en primer lugar, de las clases subalternas que van eligiéndose y redefiniéndose. De

manera especial, las revoluciones sociales necesitan proyectos y leyes —seguramente leyes tendenciales y no definitorias, esenciales y no tautológicas, pero leyes—, proyectos y programas de largo aliento.

En la relacionalidad de la revolución social encontramos los recursos y las posibilidades del bien, porque en el prójimo y en los demás nos reflejamos y nos reconocemos, porque con los demás y por los demás podemos encontrar un enriquecimiento, una mejora constante y global de nuestra vida.

La revolución social se va definiendo por sí misma, pero no puede improvisarse, no puede vivir sólo en base a oleadas, tal y como ha sucedido hasta ahora. Ésta ha sido, no la maldición, sino nuestro límite como revolucionarios sociales y socialistas.

La revolución social debe pensarse, debe hacerse programa, debe proyectarse. Por esta razón es central esa fundación revolucionaria y socialista de la que ha hablado Francesca Fabeni y que resuena en el discurso de Manuel sobre la socialización. Por eso son centrales nuestras organizaciones, por cómo tratan de sostener las autoorganizaciones, por cómo se comprometen en la preparación de la socialización. Cuánto necesitamos un programa, una proyección de conjunto, seguramente no política, es más, global, nos lo demuestra el extraordinario empuje ético, aunque parcial, relativo e incluso ingenuo, que ha surgido en toda revolución social. Sin embargo, no basta que sea espontánea: para que la revolución social se transforme en socialista, para devenir global, para triunfar, necesita programarse y prepararse desde antes.

Al redefinirse por sí misma, directamente, sin mediaciones, contra todo poder opresor y contra todo Estado de cualquier tipo, la humanidad que hace la revolución social empieza a buscarse a sí misma activamente: por esta razón la revolución social no se basta a sí misma, porque en el momento en que se realiza, la revolución social debe y quiere transformarse en más global, ser cada vez más “extrovertida” en su capacidad de actuar sin bajar la cabeza; debe y quiere transformarse en revolución socialista y humanista, en una revolución cada vez más interna, más íntima, común, total, esencial, animada por un inmenso impulso ético. La sociedad no es el todo, pero sí una expresión decisiva del carácter multiforme de la humanidad que se busca buscando su propio bien; es el lugar privilegiado de las diversas individualidades que se encuentran. La sociedad puede devenir a imagen y semejanza de lo mejor que puede ser una mujer e, inseparablemente, toda mujer y todo hombre pueden encontrar en la sociedad la medida de su constante mejoramiento individual. La revolución social nos enseña que todo esto es posible y esto se entrevé en sus impulsos más profundos; la revolución social es generosidad, autenticidad, confianza y amor por la humanidad, pero, precisamente por esto, todo ello debe pensarse, sentirse, prepararse y desarrollarse todavía.

Revueltas y revoluciones nacen, como movimiento primario, del reconocimiento de una naturaleza humana que nos une, del impulso de nuestro ser hacia la sociabilidad como instancia del bien. Pero hay más: pensar en la revolución nos permite comprender, reconocer, empezar a cualificar la omnipresencia misteriosa y determinante de nuestra naturaleza humana. La revuelta es individual, pero, inmediatamente, va más allá del individuo, reconociendo la comunión de la naturaleza humana y anhelándola: es su principio y la meta, si bien todavía huidiza. La revuelta siempre es contra alguien, nos dice Camus, pero entonces es contra nosotros mismos, contra lo peor de nosotros, contra esa parte de nosotros que sufre. La revuelta también es

contra, pero, en primer lugar, tiende a afirmarnos como individuos y como especie: la asunción de todo esto representa el sentido y el proyecto de la revolución humanista; es decir, de una revolución que devenga continua y continuamente afirmativa, una revolución socialista y humanista en el sentido de que la humanidad busca la realización plena de su propia sociabilidad, pero, al mismo tiempo, busca la realización plena y completa de su propia humanidad. Finalmente, estos dos aspectos no están separados.

La raíz humanista de la revolución nos dice en qué medida la revolución es, puede ser, debería ser mujer, tal como Sara Morace y sus compañeras han tratado de explicarnos [algunos aplausos, *ndr*].

El aplauso, sobre todo el de los hombres, no es bienvenido: los hombres no quieren comprender, y tampoco las mujeres comprenden lo suficiente, en qué medida la revolución puede y debería transformarse en mujer. En efecto, Sara nos ha explicado también la complicidad femenina. Pero la revolución puede ser mujer porque si es un hecho de especie —y puede serlo desarrollando nuestra conciencia— también es un hecho de géneros y, principalmente, un hecho del género femenino, porque el género femenino sintetiza en sí potencialidades creativas, no sólo curativas, que, sin embargo, todavía debe descubrir y afirmar. Ciertamente, nosotros hombres nos resistimos a todo esto y, peor, nos rebelamos: ésta es una revuelta totalmente negativa. Me dirijo a compañeros jóvenes y menos jóvenes: abandonemos esta actitud famélica y frustrada, aprendamos a mirar con respeto, a escuchar a nuestras compañeras y a las mujeres en general, a comprender qué nos enseñan, qué nos pueden comunicar incluso cuando se equivocan, a comprender quiénes son y cómo se transforman. Yo intento hacerlo, me parece que sólo he comenzado, aunque he comenzado hace mucho tiempo; he tenido grandes maestras, he tratado de elegir las, y de ellas he recibido una lección de vida que es una lección revolucionaria. Es hermoso aprender a aprender y es más “excitante”: dejen que las compañeras, que saben seguramente mejor que nosotros hombres, sin seguir ninguna curva predeterminada por algún improbable informe de los sexólogos norteamericanos, qué es el placer y cómo puede no escindiarse el placer de la búsqueda de la felicidad de la vida.

No sabemos todavía en qué medida la revolución es mujer y es necesario no hacer demagogia sobre esto. Ésta no es la menor, sino sólo una de las dificultades que tenemos para teorizar la realidad plurisecular de la revolución, que tiene dificultad para afirmarse porque tampoco la pensamos.

Debemos aprender a sentir y a pensar la revolución más en profundidad y en la cotidianidad, para que se convierta en proyecto y práctica de vida global y tendencialmente universal, en un ejemplo que pueda ser para todos.

Repensar las revoluciones significa preparar y prefigurar el futuro

¿A qué puede aspirar la revolución y a qué podemos aspirar los revolucionarios? ¿A cambiar las cosas o, en primer lugar, a cambiar la vida? ¿A tomar el poder o a refundar completamente el poder, entendido como el poder ser mejores juntos?

El poder es una suerte de “misterio sin gloria” que todos dan por sentado, sin comprenderlo y, por esta misma razón, sufriendolo, porque continuamos partiendo de la cola del problema, de la resultante negativa, del “producto final” del poder tal

como es. Se ha comenzado de esta manera con Platón y Aristóteles, y todavía más con Sófocles, y no se deja de ver el poder en su fenomenología. Intentemos ir más lejos, cambiar de perspectiva, intentemos ir a los orígenes, e interrogarnos sobre la genealogía del poder.

En principio existe la energía que caracteriza a todo ser humano, que sentimos cuando tomamos conciencia, y esta energía se traduce en fuerza, que de alguna manera expresamos. La energía y la fuerza se anudan en la potencia que advertimos, y la potencia genera autoridad con relación a los demás. Todo esto, inseparablemente, nos puede permitir pensar qué es el poder que determina las relaciones; es más, que él mismo es las relaciones entre las personas. No pensar en esta energía primaria, reducir la fuerza que expresamos incluso con un gesto, creer que la potencia es sólo aquella prometeica, o bien sólo la del hacer, concebir la autoridad exclusivamente como imposición: todo esto alimenta y aumenta los poderes opresores contra los que queremos combatir y que queremos destruir definitivamente. Intentemos, por el contrario, pensar la energía como energía positiva del ser y del ser universal que se refleja en cada uno de nosotros como seres individuales, intentemos sentir la fuerza como una fuerza buena y generosa, no necesariamente violenta —alguna vez, *extrema ratio*, lo podrá ser: el mínimo de la violencia indispensable, como nos ha explicado Piero Neri, en las conclusiones del taller sobre violencia y revolución—. Intentemos pensar la potencia como comunión entre los seres: la potencia que se comunica, la potencia que representamos es aquella de nuestros semejantes y es por nuestros semejantes. Y pensando de esta manera en la energía, en la potencia que todo ser humano contiene en sí, podremos, finalmente, empezar a pensar, a concebir, a practicar el poder como un poder afirmativo de toda la especie, de toda la humanidad que se busca social e idealmente, el poder de todos y en todos que debe advertirse en cada uno de nosotros, el poder de dar y de recibir; el poder de hacer el bien para lograr más bien, sabiendo que hacer el bien significa comprometerse, luchar.

Piensen en los mejores momentos de vuestra vida, y ocurren cada día, piensen en las relaciones con nuestros pequeños y nuestras pequeñas. Piensen en las relaciones con vuestras amigas y vuestros amigos; en una relación reconquistada y repensada humanamente con vuestra madre; en las relaciones amorosas: ¿existe o no esta fuerza positiva? ¿Existe o no una energía benéfica? ¿Existe o no una potencia común de comunión? ¿Existe o no un principio de poder positivo en todo esto? Interrogándonos no buscamos respuestas en los manuales. ¡Los clásicos no contemplan este aspecto! Estoy seguro de que todos lo están advirtiendo, de que todos lo saben y que, incluso, quien no quiere admitirlo, después, piensa en aquel amigo, en aquel amor especial y siente que sí, que existe poder. Es el poder de la persona que nos ama y que amamos, es nuestro poder hacia ella o hacia él, es una relación de poder que se mueve en el sentido del bien, casi hasta anularnos, como se evidencia en el lugar común “me muerdo de amor por ti” (en realidad sería más correcto si dijese “vivo de amor por ti”) ¿Es o no es una energía revolucionaria extraordinaria? Preguntémonos, por tanto, si este sentimiento que vivimos de manera fragmentada puede transformarse en un sentimiento más orgánico y completo, puede convertirse en una teoría y en una perspectiva de poder afirmativo, de la cual forma parte decisiva y central la socialización que ofrecemos a nuestra gente aquí y ahora para comenzar la revolución socialista y humanista.

Ésta es la gran cuestión que nos estamos planteando nosotros de Utopía Socialista y que se están planteando y se plantearán con nosotros las organizaciones que tienen una relación de fraternal colaboración con Utopía Socialista. Ésta es una de las causas por las que consideramos que es urgente una nueva teoría general de la revolución socialista y humanista: nuevas bases que recojan todo lo mejor del pasado, pero que no se adapten a él y que no lo sufran. No podemos pretender menos de cara a las nuevas generaciones que nos observan, que nos escuchan desde las playas devastadas por el tsunami y desde la Franja de Gaza, esas nuevas generaciones que son la sociedad mundial en marcha y que también están presentes en este Encuentro. No debemos asustarnos creyendo que es excesivo tratar de proporcionarles una teoría general, que no dará respuestas a todo, pero que intentará proporcionar las guías esenciales y universales para su compromiso, para su lucha, para su emancipación, para su vida.

Nos proponemos fundar elementos de una teoría general para la revolución socialista y humanista que sean también elementos de reglas y de leyes con una diferencia fundamental, irreducible y total con cualquier otra regla y ley: es decir, no pueden ser compartidas pasiva ni ciegamente, sino que son reglas y leyes que requieren ser elegidas e interpretadas creativamente porque tienen que ver con la esencia, responden a cada uno de nosotros, se enriquecen encarnándose en cada persona que las elige como propias.

Repensar las revoluciones significa preparar el futuro, tratar de proyectarlo. Hay compañeros y compañeras que están preocupados porque este propósito es difícil, y, efectivamente, lo es. Pero, en primer lugar, es muy importante comprender generalmente, pero no en abstracto, que éste, para las nuevas generaciones que empujan, para la sociedad mundial que acorta los tiempos de maduración, incluso volviéndolos dramáticos, es el tiempo de las responsabilidades y de las esperanzas y que alguno tiene que comenzar a asumirse las responsabilidades y a encarnar las esperanzas. Sabemos que todavía no es así para todos, pero aspiramos que sea para todos: lo es para nosotros, que lo elegimos, y para muchos otros, pero tenemos que demostrarlo; hemos comenzado a hacerlo, pero debemos ser más intransigentes y coherentes.

Nos hemos dado cuenta, preparando y viviendo este Encuentro, que estamos navegando contra la corriente, pero estamos navegando; estamos aislados, pero nuestras ideas son atractivas.

Quiero recordar, como siempre, a las compañeras y a los compañeros que físicamente no están ya presentes: son tantos y tratamos de recordarlos a todos porque recordarlos significa hacerlos estar con nosotros. Este año nos ha dejado Angelo Ciuffo, que con su “desenfrenada” juventud, a pesar de su avanzada edad, nos ha proporcionado estímulos importantes, más allá de su reivindicación auténtica y apasionada de Marx; se nos ha ido Marcelo Claros, que no era un compañero nuestro, pero sí un compañero fundamental para Manuel Martínez y Marina Moretti, un compañero que no estaba con Utopía Socialista, pero no por eso dejamos de estar con él. Son muchos los compañeros nuestros que han vivido desgracias tremendas: ser revolucionarios significa no olvidar nada y a nadie. Es más, significa aprender a pensarlos más.

Junto con los compañeros y las compañeras que tienen más responsabilidades, sentimos no poder estar más junto con vosotros, no poder vivir más la comunión en

el curso del Encuentro, pero creo que esto tiene una explicación de contenido: no logramos vivirnos el Encuentro lo bastante porque los tiempos son estrechos, pero quizás porque no creemos todavía lo suficiente en la posibilidad de ser socialistas incluso en un momento, con un gesto. Pero tenemos una experiencia socialista que se está convirtiendo en una piedra de parangón importante: está comenzando en la Casa de la Cultura, una casa que algunos de ustedes todavía no conocen y que quisiera que conozcan pronto. Se está concluyendo la primera Escuela Internacional: obviamente han existido problemas y contradicciones, pero lo que tenemos en primer lugar es la satisfacción por la comunión de ideas que estamos viviendo y que estas compañeras y compañeros han traído al Encuentro, haciéndonos sentir cuánto están cambiando, eligiendo ser más y mejor ellos mismos. Todo esto les pertenece y quisiera que les perteneciese más, y todo esto ha sido posible por una comunión humana que no podíamos dar por descontada. Hemos tenido dificultades para levantar la Casa de la Cultura y apenas hemos comenzado. Quisiera hacer una mención especial, al final de este Encuentro, a las compañeras y a los compañeros que han hecho la escuela y a todos aquellos que la han hecho posible, pero, sobre todo, a las tres protagonistas, columnas maestras del inicio de realización de este sueño: Manuela Cortellesa, Lourdes García y Valentina Martorana, que nos han dado un ejemplo de milagros cotidianos entendidos en sentido revolucionario.

Para concluir, sabemos que los mitos y los ritos son importantes y la dirección del Encuentro ha discutido también de esto, del canto de la Internacional. Cuando la cantemos, sepamos que nos referimos a su espíritu, que queremos cambiarle las palabras o encontrar una canción mejor, pero que queremos volver a encontrar también en las cosas sencillas, en la gestualidad, lo que somos y lo que estamos buscando. Estamos aprendiendo a tender la mano a nuestros hermanos y hermanas que lo necesitan y éste no es sólo un gesto afectuoso; en ciertas ocasiones debe ser también un gesto severo. Estamos rehabilitando el gesto que quiere decir “te quiero” según el mejor rock. La V compuesta con el dedo índice y con el de en medio alzados ha sido el gesto de Solidarnosc Combatiente y es el gesto de nuestros hermanos y de nuestras hermanas que luchan en Palestina. Pero existe un gesto que les representa mejor a todos, y que también debemos reinterpretar: el puño alzado quiere decir unión, quiere decir comunión; nosotros no queremos que sea un gesto de amenaza, queremos que sea un gesto de lucha, un gesto de compromiso, un gesto de coherencia; queremos que sea un gesto de construcción y de organización.

Tesis

Una idea socialista y humanista de la revolución

1) Una mirada panorámica y profunda de la realidad humana planetaria revela la presencia constante, en formas diversas, de la revolución.

2) Es una presencia que puede palparse de improviso, cuando el protagonismo revolucionario de la gente irrumpe en alguna u otra zona del mundo, y remite a una tensión inmanente de la especie humana.

3) Los seres humanos tienden constantemente a afirmarse: identificándose individual y colectivamente anhelan el bien, el cual es advertido como propio, pero inseparablemente común, de cualquier modo compartido con el prójimo más cercano.

4) La tensión afirmativa de las mujeres y de los hombres puede traducirse en una intención concreta a través del empuje hacia adelante de la natural sociabilidad, vivida como punto de apoyo y motivo de mejoramiento de la existencia, lugar de fuerza compartida, embrión de poder directo, positivo e incluyente. Las capacidades para compartir, intercambiar, cuidarse recíprocamente, cooperar, enseñar/aprender, pueden culminar en el desarrollo de la socialización integral y autoconsciente, clave fundamental del socialismo universal.

5) Todo ser humano, en tanto ser afirmativo, puede aspirar a cambiar las relaciones con los demás cambiándose a sí mismo.

6) Cada grupo o clase de individuos, en tanto agregado social humano, busca progresar en su propia condición y posición.

7) La revuelta, que precede y anticipa a la revolución, es sobre todo un hecho individual contra quien obstaculiza la afirmación, pero justamente por ello es también revuelta contra el propio sometimiento individual. Por lo tanto es un hecho de cambio inicial, personal y relacional al mismo tiempo, que pone a la luz la transformación del poder existente y la autotransformación.

8) La revuelta puede ser al mismo tiempo un hecho social, en la medida en que una colectividad busca afirmarse contra aquello que la oprime y contra quien la oprime. Puede desarrollarse activa e inmediatamente como tal o puede adoptar la modalidad de simple resistencia. O aún más, puede desembocar en una rebelión, más radical y violenta, contra los opresores.

9) Estos antecedentes de la revolución responden a la tensión afirmativa, pero pueden representar un direccionamiento parcial, equivocado o totalmente distor-

sionado, porque no implican necesariamente una transformación/autotransformación del ámbito social en el cual maduran. Sin embargo este proceso de cambio colectivo, interno y externo, está siempre presente en medidas y en modos diferentes, en aquello que llamamos revoluciones.

10) La tensión latente al cambio individual y social en función del bien común que caracteriza a las revoluciones, remite a la naturaleza humana, exaltando sus rasgos más nobles y profundos.

Los seres concretos se manifiestan buscando el pleno desarrollo del yo y del tú, del nosotros y del vosotros. La comunión humana puede ser concebida y construida como reconquista, comprensión y redefinición de la armonía potencial típica de nuestra especie. La sociedad que se reorganiza consciente y directamente puede ser la medida de la perfectibilidad de las mujeres y de los hombres, la meta y el punto de arranque de su libertad positiva.

11) Las potencialidades socialistas, revolucionarias y libertarias de la humanidad encuentran verificación y recursos peculiares en el género femenino: por su capacidad de comprensión y de cuidado, por su energía y fuerza constructiva, por su potencia creadora y benéfica. Tales recursos, aún largamente negados, pueden florecer en la obra revolucionaria cualificándola y enriqueciéndola de manera determinante.

12) La tensión radical al socialismo ha encontrado lugar sobre todo y crecientemente entre las multitudes oprimidas: ellas han buscado y buscan reaccionar a la opresión que sufren, haciéndolo gracias a la afirmación primaria, en una búsqueda confusa del bien común, por un instinto de especie hacia la justicia y hacia la libertad que precede a cualquier tipo de opresión. Esta opresión es sufrida como un impedimento para la afirmación y para la existencia misma, hasta convertirse en algo tan insostenible como para desencadenar una revolución.

13) La revolución resurge constantemente porque es connatural a la vocación humana del bien común. Por ello la burguesía cuando no puede aplastarla, intenta interceptarla, regimentarla o instrumentalizarla. Las denominadas revoluciones burguesas representan una total negación de los orígenes más auténticos de la tensión social transformadora y autotransformadora.

Cuando la burguesía se ve obligada hace la revolución, cambiando algunas cosas con el fin de que todo continúe como antes, para evitar ser revolucionada por las clases subalternas.

14) Procesos y acontecimientos revolucionarios se nos presentan en una secuencia caótica e incoherente, sobre todo a causa de la reacción burguesa que de cualquier forma comprime y mortifica, frena o impide la maduración socialista y revolucionaria, humana y humanista de las clases subalternas. Indudablemente estas últimas sufren un retraso de conciencia y por lo tanto de proyección y de organización, de capacidad de socialización. Estos límites íntimos de las revoluciones deben ser considerados junto con su contenido fundamental que es el de haber mostrado el camino.

15) Los límites de conciencia de la revolución social han sido agravados por el carácter incompleto, incoherente y distorsionado de las elaboraciones culturales socialistas. En modo especial por la incompreensión y la falta de teorización de la revolución como posibilidad integralmente humana, la cual depende y es consecuencia

de la tendencia a la afirmación, del empuje social transformador y autotransformador, de la búsqueda del bien común.

Se ha pretendido -también por parte de los pensadores y las corrientes más genuinamente revolucionarias y/o socialistas- reducir la revolución a la dimensión política, por lo tanto estatal, y en última instancia bélica. O bien se ha concebido al socialismo escindido de la actividad revolucionaria que lo acompaña. De todas formas, se ha concebido a la autoemancipación social como un producto unidimensional y no como una obra global. En este sentido es necesario, en cambio, fundar una cultura socialista: una cultura de la multiplicidad de la humanidad que se viene eligiendo social e idealmente en la búsqueda de la felicidad sobre esta tierra.

16) Diversos y complejos motivos nos hacen creer en un futuro revolucionario para las clases subalternas, al lado de las cuales estamos activa y éticamente. La urgencia de la sociedad mundial se viene confrontando con la angustia mortífera del sistema democrático global y de su *alter ego* terrorista. Las necesidades afirmativas de la gente de ser y de existir emergen, colisionando contra los Estados y todas las instituciones opresivas.

17) Las potencialidades revolucionarias que se vienen acumulando, no pueden madurar espontáneamente ni mucho menos como mera consecuencia de las tragedias que golpean a la humanidad. Dichas potencialidades deben ser alimentadas positiva y globalmente, ayudando a que reencuentren la matriz humana más profunda, para lo cual es decisivo un compromiso preparatorio de conjunto.

18) Preparar la revolución desde una óptica socialista y humanista quiere decir no esperarla sino comenzarla a través de un compromiso fundacional, teórico y práctico, polivalente y permanente, que se expresa en la organización global, en la autoorganización de las luchas y no sólo, en la propuesta de la socialización y en su inicial experimentación, en el comenzar a vivir de manera distinta para hacer germinar la comunión humana autoconsciente en una perspectiva universal de búsqueda del bien común.

19) Asumir y experimentar estas tareas, lo cual significa revolucionarse positivamente a uno mismo, es aquello que cualifica la formación de una nueva vanguardia socialista y humanista.

23 de julio, 2005